

Aunque parece que anda triste, no existe la tristeza más que en la apariencia, porque su corazón está lleno de gozo y de los consuelos divinos que Dios comunica en el retiro. La otra sí que está triste, porque aunque la veáis reír y andar contenta, ese contento es sólo aparente, por sentir en su corazón la amargura del remordimiento y la tristeza que deja en el alma el tiempo perdido y la gracia mal empleada. Y si no, véalo cada cual en sí misma. ¿Cuándo ha sentido más pena y mayor vacío en su corazón, que cuando ha empleado un día lejos del retiro, en pasatiempos y conversaciones impropias de una religiosa? ¿Y cuándo ha sentido más gozo en su alma y más consuelo en su espíritu, que cuando ha estado retirada todo el día ó pasado una hora en fervorosa oración? ¿No es verdad que al salir de ella, se halla el corazón rebosando de alegría? ¿No es verdad que entónces fastidian todas las cosas del mundo y sólo agrada el retiro y el silencio? ¿Cuándo está el alma más lejos de la tristeza que cuando ama la soledad? ¿Y cuándo se desengañarán las religiosas de que la verdadera alegría está en acogerse á ella y en apartarse del trato del mundo?

Persuádetes, querida Margarita, de que una religiosa que no ama la soledad, no puede estar bien con Dios, ni con los prójimos, ni consigo misma; es imposible que sin guardar retiro, viva ella contenta ni pueda contentar á las demás, ni mucho menos á Dios que la quiere solitaria y silenciosa para que oiga las palabras de vida eterna que Él nos habla al corazón. Por eso, hija mia, te encargo el retiro, *mucho retiro!* que en él hay encerrados tantos bienes como te dirá otro día tu afectísimo P.

FR. A.



XXXIV

ALABANZAS Y PROVECHOS DE LA SOLEDAD.

Ducam eam in solitudinem et loquar ad cor ejus.

La llevaré á la soledad, y le hablaré al corazón.

OSEAS, II. 14.

DEVOTA sierva de Cristo: Aunque no tuviera la soledad más ventaja que la prometida por Dios en las palabras que dejo escritas, ella bastaría para hacerla recomendable y deseable. La soledad es el lugar en que se encuentra el alma con Dios, y en que se junta á conversar Él con ella; el alma á preguntar, y Dios á responder amorosamente. A la soledad huían los Patriarcas, y á ella se acogían los Profetas, cuando querían tratar algo con Dios: á la soledad se retiraban los Apóstoles, en ella se escondían los mártires, y á ella se refugiaban las vírgenes; éstas para guardar su pureza, los otros para aprender á vencer los tormentos, y todos para tratar con Dios, ofreciéndole una oración pura y fervorosa, libre de cuidados terrenos y llena de celeste suavidad. Pues si tú, Sor Margarita, quieres aprender cosas tan sublimes como se aprenden en el trato con Dios, y sacar de este trato

muchos y divinos bienes, menester es que te acojas también á la soledad que es maestra de todo eso.

Ya te indiqué en mi anterior, que iba á tratar de los bienes y provechos que en sí tiene la soledad, por parecerme que esto era necesario para hacértela cada día más amable. Naturalmente somos amigos de la disipación y de las vanas conversaciones, por ser esto suave y de buen gusto para nuestra mala inclinación; y somos enemigos de la soledad y el retiro, por ser esto áspero y desabrido al paladar de nuestra corrompida naturaleza; y de aquí nace que algunos religiosos, aunque amén la soledad, huyan de ella, como hace el niño enfermo, que aunque estima la salud, detesta la medicina, por parecerle amarga ó desabrida; de modo que para tomarla es preciso que antes la endulcen y le pongan delante el azúcar, y le digan uno por uno los provechos que se le seguirán, si la toma. Esto mismo haré hoy contigo, no porque seas niña en la virtud, ni porque necesites de esto para vivir siempre retirada, sino para que tú, como maestra, puedas persuadir esta verdad á las que lo necesitan.

Pues el primero y el mayor de estos bienes es el trato y unión con Dios, que en la soledad se experimenta. Bien lo dijo el extático San Juan de la Cruz, ¡como que le había gustado por experiencia! En la canción treinta y cinco de su inimitable *Cántico espiritual entre el alma y Cristo*, dice que ella, como paloma casta

En soledad ha puesto ya su nido,
Y en soledad la guía
A solas su querido,
También en soledad de amor herido.

Y declarando el Santo esta canción, dice que dos cosas hace en ella el Esposo divino: la primera alabar la soledad en que el alma quiso vivir, diciendo cómo fué

medio para en ella hallar y gozar á su Amado...., y la segunda decir que por cuanto ella se ha querido quedar á solas de todas las cosas criadas por su Esposo, Él mismo, enamorado de ella por esta su soledad, se ha hecho cuidado de ella, recibéndola en sus brazos, apacentándola en sí de todos los bienes y guiando su espíritu á las cosas altas de Dios..... Quiere decir que en esa soledad en que el alma está á solas con su divino Esposo, Él la guía y mueve y levanta á las cosas divinas; conviene á saber, su entendimiento á las divinas inteligencias, su voluntad al amor divino y su memoria á recuerdos celestiales; porque memoria, voluntad y entendimiento con la soledad se hacen aptos para esa elevación. De este modo la guía su querido,

También en soledad de amor herido.

Esto es, herido del amor de ella, porque además de amar mucho el Esposo á la soledad del alma, está mucho más herido del amor de ella, por haberse ella querido quedar á solas de todas las cosas, por cuanto estaba herida de amor de Él; y así Él no quiso dejarla sola, sino que herido de ella por la soledad que por Él tiene, viendo que no se contenta con otra cosa, Él solo la guía á sí, trayéndola y absorbiéndola en sí, lo cual no hiciera Él á ella, si no la hubiera hallado en la soledad espiritual.

No se me oculta que en todo este pasaje habla el místico Doctor de una soledad muy superior al retiro de la celda, de que yo te hablo; mas á pesar de eso, he querido poner aquí sus palabras para que por ellas veas lo que vale la soledad y á cuán estrecha unión con Dios puede llevarnos. Porque, en hecho de verdad, si se endiosa el alma en alguna parte, es en la soledad, donde ella posee á Dios y se siente de Él poseída, pu-

diéndose contar (aunque de un modo pasajero)* entre los bienaventurados. Y así suele ser, porque como afirma San Bernardo, los ángeles y bienaventurados tienen especial gusto **en** tratar con los que se retiran del bullicio del mundo **y** viven en soledad, lo cual es otra grande alabanza **de** la vida retirada.

De aquí podemos **colegir** que la monja recogida y amante de su celda **estará** bien con Dios y lo hallará sin buscarlo; mientras **que** la religiosa disipada y poco amiga de su celda, **no lo** encontrará ni dará con Él, por más que lo busque **por** calles y plazas, como la Esposa de los Cantares. **De** aquí proviene la sequedad y el desconsuelo de ésta, **como** el consuelo y dulzura de la otra; porque los ojos **y** el corazón, las lágrimas y los afectos se secan con los **aires** del mundo **y** se humedecen con los del retiro. **En** él suele dar nuestro Señor la compunción dulcísima **de** los pecados y el llanto que lava, purifica, riega y **fecundiza** al alma; por eso San Basilio llama á la soledad manantial y fuente de puras y sabrosas lágrimas.

¿Pues qué diré de la paz que el alma goza en la soledad de la celda? Allí tienen fin todos los pleitos, rencillas y quejas de **la** mísera condición humana, porque un religioso retirado no tiene quejas de nadie más que de sí propio. **Ya** lo dijo San Pedro Damiano cuando exclamó: ¡Oh soledad venturosa y qué fuerza tienes para templar los **desasosiegos** y turbaciones del alma! En tí se apaga la **llama** de la ira y se adormecen las pasiones, y se **endulzan** los amargos sentimientos y se libra uno de los **juicios**, siempre injustos, de los hombres! Sobre estos **provechos** tan grandes está el adelanto espiritual y el **aumento** de méritos que se alcanzan en el retiro; que **por** eso lo llamó San Basilio tienda de preciosas mercancías, porque, según dice el santo Doctor, la oración, el silencio, la guarda de los

sentidos y la mortificación constante son mercancías que se compran y recogen en la soledad para cambiarlas después por el reino de los cielos.

Tiene también la soledad otra grande ventaja, y es hacer venerable y respetable al alma que mora en ella. No sé lo que tiene el retiro, que el religioso más retirado suele ser siempre el más querido y mejor mirado dentro y fuera del convento: dentro, porque su recogimiento le hace digno del aprecio de los demás; y fuera, porque á los ojos del pueblo aparece como esas imágenes venerandas que apenas se descubren ni se dejan ver más de tres ó cuatro veces al año. Tal vez de aquí nació aquel adagio: *la familiaridad engendra desprecio*, y el trato austero estimación: adagio que la experiencia enseña ser harto verdadero, cuando se aplica al religioso bullanguero y al solitario y recatado. Finalmente, si quisiera poner aquí las alabanzas que los santos traen de la soledad y el retiro, sería cosa de estar escribiendo una semana continua, y después de todo no resultaría una carta con tantos elogios como trae la que escribió San Jerónimo á su amigo Eliodoro, *de laude solitariae vitae*.

Por eso voy á poner fin amontonando aquí algunas de las muchas alabanzas que los santos dicen de ella. ¿Pero quién podrá decir lo que es y lo que vale la soledad? Ella es fragua del amor divino, maestra de la oración, vida de las virtudes, muerte de todos los vicios, puerto de seguridad, refugio del alma casta, asilo de perseguidos, morada de paz inalterable y delicias de todos los santos. Ella es la madre de los altos y elevados pensamientos, la consoladora de los afligidos, la palestra de los ejercitados, la guarda de la inocencia, el manantial de las gracias, la fuente de la compunción y la santificadora de los que á ella se acogen. Ella es la que calma las tempestades del corazón, la que

nos descubre los secretos del cielo, la que acaba con el estrépito del mundo, la que engendra los buenos deseos, la que echa los cimientos de la humildad y la que corona el edificio de la perfección religiosa. En ella se une el alma con su Dios, goza la compañía de los ángeles, adelanta en todas las virtudes, se libra de las tinieblas del mundo, es iluminada con lumbre del cielo y guiada por secretos caminos al alto monte de la santidad. En ella es herida el alma con la flecha del amor divino, se encienden más y más los buenos deseos, se apaga la centella de la ira, se adormecen las otras pasiones, se endulzan los pesares de la vida y nos libramos de la lengua de los mortales. ¿Pero á qué proseguir? Digamos de una vez que es jardín de las flores de Cristo, anhelo de todos los santos, fomento de todos los bienes espirituales, escala para subir al cielo y lazo que ata al alma con su Hacedor.

Si después de sabidas estas cosas, no haces un esfuerzo por gustar los bienes que encierra la soledad, te parecerías, querida Margarita, al pobre que teniendo delante y á su disposición un arca llena de oro, se quedara siendo un miserable, por no probar á abrirla, ó por no tomarse el trabajo de romperla. Prueba á vivir siempre retirada, á esconderte en tu celda, á poner tu nido en la soledad y verás como en ella te habla

El esposo querido,
También en soledad de amor herido.

¡Qué así sea! Adiós, y pide al Cielo por tu afectísimo Padre,

FR. A.



XXXV

EL VOTO DE OBEDIENCIA: TRIPLE LAZO CON QUE ATA AL RELIGIOSO

Obedite praepositis vestris.
Obedeced á vuestros superiores.
HEBR. XVII. 13.

Quici apreciada Margarita: Ya es hora de fijar nuestra atención en el voto de obediencia, voto fundamental y constitutivo de la vida religiosa y voto sin cuya observancia no tenemos de religiosos más que el hábito y el nombre.

Santo Tomás y San Buenaventura, que prueban sus afirmaciones con rigor escolástico, afirman y demuestran con tres razones muy poderosas, que este voto es mucho más noble y excelente que todos los demás que hacemos. En primer lugar, porque el voto de obediencia incluye en sí á todos los otros votos que el religioso haga ó tenga hechos, y él no está incluido en ningún otro: la guarda de la castidad, de la pobreza, de la clausura y de otras muchas cosas caen bajo el voto de obediencia; pero éste no cae bajo ninguno y así está por encima de todos como mejor y más excelente.

En segundo lugar, porque con este voto ofrecemos á Dios más que con los otros, pues en hecho de verdad, por el voto de pobreza damos á Dios nuestros bienes y riquezas terrenas, por el de castidad los bienes corporales y por la obediencia los bienes espirituales del alma, la voluntad, el juicio propio y la dulce libertad, tan amada de los hombres. La pobreza, castidad y clausura son, si se quiere, grandes sacrificios que la religiosa ofrece á Dios; pero la obediencia es un holocausto perfecto, en que se despoja hasta de su libre albedrío, para no tener en la tierra más voluntad que la de sus superiores. Esta obediencia es aquella inmolación completa que agrada á Dios más que el sacrificio, aquel holocausto pleno en cuya comparación carece de importancia á los divinos ojos la víctima degollada en aras de la propia voluntad, porque para Dios *melior est obedientia quam victima*, como dijo á Saul el Profeta Samuel.

La tercera razón consiste en que la nobleza y excelencia de un medio está en relación directa con el valor y aptitud que tiene para conseguir su fin, de modo que tanto más excelente y perfecto será el voto religioso cuanto más nos ayude á conseguir nuestro fin en la Religión, y claro es que el voto de obediencia, lleva la supremacía en este punto; porque, aunque uno haga voto de pobreza voluntaria y de guardar castidad no por eso sería religioso; y si lo sería, haciendo voto de obediencia, según la Regla, porque en ese voto va incluido el de pobreza, castidad, clausura y todos los demás que la Regla abraza. De donde se sigue que el voto de obediencia es el fundamental, el constitutivo y esencial de nuestro estado.

Siguese también de lo dicho que la obediencia es el alma y la vida de las Ordenes religiosas; es la savia que vivifica, y mantiene verde, robusto y frondoso el

arbol de la religión, de tal modo que hasta donde llega la savia de la obediencia, hasta allí y no más, llega el verdor y lozanía del arbol religioso. En el arbol, la rama ó el pimpollo que no participa de la savia de su tronco, se seca sin remedio, y por tanto queda estéril para fructificar; y en la Religión apenas se aparta uno de la obediencia deja de fructificar para el cielo, queda estéril, se seca y no vive vida de religioso, porque no participa de la savia que corre por las venas de ese arbol bendito. Por eso te decía y te repito que el religioso sin obediencia no tiene de religioso más que el hábito y el nombre; como la rama seca de un arbol no tiene de rama más que el nombre, pues en realidad no es otra cosa que leña seca para el fuego.

Es, pues, la obediencia religiosa lazo que da trabazón y unidad al edificio de la religión, juntando y uniendo con fuerte y poderosa lazada á los miembros de la congregación unos con otros, y á todos con su cabeza, estableciendo relaciones de dependencia entre súbditos y superiores. Tres son estas relaciones, debidas al triple lazo con que se hallan misteriosamente unidos los religiosos de una misma congregación por medio de la obediencia santa. El primero es el de las reglas y constituciones á las cuales deben someterse todos los individuos de la congregación en la forma, modo y manera prescritos en los estatutos de la misma; porque desde el momento en que profesamos una regla aprobada por la Iglesia Católica, ésta con su magisterio infalible y autoridad soberana nos impone la obligación de guardarla; y la sujeción y obediencia á esa regla, ó mejor dicho su observancia, impuesta á los que voluntariamente quieren abrazarla, es la primera lazada que une á los religiosos de una misma orden entre sí.

Y aquí es preciso advertir que la regla de una or-

den religiosa ó los estatutos de una congregación no tienen más virtud, más fuerza, ni más valor de aquel que con su aprobación le da Nuestra Santa Madre Iglesia; y ésta puede por sí misma ó por los superiores mayores aumentar ó disminuir el rigor y austeridad de la regla, acomodarla á las necesidades de los tiempos, añadir ó quitar lo que bien le parezca, variar los estatutos en todo ó en parte, y hasta anularlos, si lo cree preciso ó conveniente. Y el religioso que rechace ó mire con recelo las variaciones que la Iglesia haga en su orden ó las que legítimamente introduzcan los Superiores mayores, ese es víctima de triste alucinamiento, le engaña su propio juicio, le seduce el espíritu privado y lo inclina sin él pensarlo, hacia el protestantismo, el cisma y el error.

El segundo lazo que une á los religiosos entre sí es el de la fraternidad, el cual se funda en la autoridad Paterna y Patriarcal que por necesidad ha de hallarse en las órdenes religiosas. Cada comunidad es una verdadera familia, que necesita de Padre, Jefe ó cabeza que la gobierne, dándole unidad y dirección; y el conjunto de esas familias, cuando no están aisladas entre sí, forma una especie de tribu que tiene su patriarca, general ó prepósito, sucesor del Fundador. Pero en uno y otro caso, la autoridad Paternal en la orden une á los religiosos entre sí con el vínculo precioso de la fraternidad, hijo de la obediencia, por serlo de la autoridad. Esta autoridad es por lo menos tan extensa como la paternal en la familia, y puede el superior comunicarla á otros, en cuyo caso debemos obedecerlos, teniendo entendido que en virtud de esta autoridad pueden los superiores mandarnos y disponer de nosotros en todo lo que sea del servicio de Dios y bien de la comunidad.

El tercer lazo con que la obediencia liga á los reli-

giosos entre sí y con sus prelados, es más fuerte y más sagrado que los otros dos, con serlo tanto; y este lazo es el voto que hacemos de sujetarnos á la voluntad del superior siempre que nos mande en virtud del mismo voto, de tal suerte, que si entonces desobedeciéramos, cometeríamos un pecado gravísimo. Esta lazada, por lo mismo que es más fuerte y más sagrada que las otras dos, es también más limitada, pues la materia precisa del voto de obediencia se reduce únicamente á los casos en que los superiores mandan una cosa en virtud de dicho voto, usando de fórmulas solemnes, como *en nombre de Cristo, por santa obediencia*, y otras semejantes. Fuera de estos casos la obligación de obedecer no nace precisamente del voto, sino de la virtud de la obediencia que hemos profesado y de la autoridad que la Iglesia da á los superiores sobre los súbditos. Y no vayas á creer por eso que sólo en los casos predichos tiene el religioso obediente el mérito de su voto, porque él puede muy bien, cada vez que obedece, hacerlo por cumplir lo prometido á Dios y así tendrá el doble mérito de la virtud y del voto de obediencia.

Debemos, pues, obediencia á nuestra regla y constituciones por la profesión que hemos hecho de observarlas; á nuestros superiores, porque son nuestros padres en Cristo; y por el voto que hacemos de negar nuestra voluntad, sujetándola á la suya. Poco ó nada pienso decirte de este voto, pero sí quiero decirte mucho de la obediencia, virtud de la cual tenemos mucha necesidad.

Por no haber sido obedientes cayeron los ángeles del cielo al infierno; por no haber sido obedientes perdieron nuestros primeros padres el paraíso y hallaron este valle de lágrimas; por no haber sido obediente perdió Saúl el reino y la corona, y por no ser obediente pierde la religiosa todo eso junto. Religiosas que pare-

cían ángeles, las he visto por desobediencia trocadas en demonios; religiosos para quienes el claustro era paraíso, los llevó la desobediencia al siglo, trocando su Edén por un mar de miserias; y religiosos y religiosas que reinaban sobre sí y tenían preparadas hermosísimas coronas en el cielo, perdieron por caprichosas y desobedientes el dominio sobre sí y la corona de la inmortalidad.

Esto sólo basta y sobra para que entendamos cuánta necesidad tenemos de la virtud de la obediencia. Por eso termino ésta con las palabras del Apostol que la encabezan: *Obedite præpositis vestris*. Obedece á tus preladas, que en esa obediencia está toda la perfección de la vida religiosa, como te dirá en otra tu afectísimo Padre,

FR. A.



XXXVI

LA OBEDIENCIA PERFECTA

Vir obediens, loquetur victorias.
El varón obediente cantará victorias.

PROV. 21. 28.

DEVOTA sierva de Cristo: De un santo fundador, que si mal no recuerdo, fué nuestro glorioso compatriota San José de Calasanz, cuenta su historia, que en cierta ocasión se acercaron á él sus más fieles hijos, pidiéndole que les diera por escrito algunos consejos de perfección religiosa, para llevarlos consigo y ponerlos en práctica. El Santo accedió gustoso á la petición, y tomando la pluma escribió en varios papeles estas palabras: ¡Obediencia! ¡obediencia! ¡obediencia!; y los repartió entre ellos, dándoles á entender con esto que en la obediencia bien practicada está toda la perfección y todo el mérito del religioso.

No se puede dudar que para ser santo es preciso agradar á Dios continuamente; que á Dios no se le agrada, sino cumpliendo su voluntad santísima; y que el religioso cumple la voluntad de Dios siempre que